

## POESIA 2023



La sala de exposiciones del Palacio de Losada, antes de comenzar la entrega de premios

El jurado de este premio que es el más antiguo de todos y llega a la 42 edición, estuvo formado por: DÑA. ESTHER MATEOS PEREZ, DÑA. SILVIA IGLESIAS RANILLA y DÑA. MARIA DEL CARMEN CORRES OCHOA. Actuó como Secretaria del Jurado la Directora del Premio de Poesía DÑA. SANDRA CLEMENTE CUESTA. ***El Jurado concedió estos premios de entre los más de cien participantes:***

Premio Diego de Losada de Poesía 2023, al poema titulado: "SOLILOQUIO" cuyo autor es: JOSE ANTONIO MUÑOZ MATILLA, de Zamora.

Asimismo el Jurado concedió el Accésit del Premio Diego de Losada 2023, al poema titulado: "VOLVERÉ A VIVIR" cuya autora es: FRANCISCA QUINTANA VEGA, de Badajoz.



José Antonio Muñoz, recibe el Premio Diego de Losada de Poesía de manos del Alcalde de Rionegro del Puente, José Colino.

## **SOLILOQUIO (Premio Diego de Losada de Poesía, 2023)**

Autor: José Antonio Muñoz Matilla.

Madre,  
qué te voy a contar que no supieras.  
Aunque hayas olvidado  
quién soy y quién eras,  
aunque no recuerdes mi nombre  
(con la de veces que me llamabas  
cuando jugaba a la peonza en la plaza),  
o cuando lo decías entre susurros  
al levantarme  
y no despertar a mi hermana.  
Tampoco te acuerdas de las jaculatorias,  
con la vela encendida,  
si la tormenta amenazaba.  
Madre, descansa tranquila:  
he pagado la deuda de la tienda  
y la renta de la cortina.

Ya está la hierba segada,  
este año un poco antes  
por la sequía y el calor;  
la parra del portal da más sombra  
pero no más uvas  
y la helada se llevó las manzanas.  
Dos niños juegan en la plaza.  
Su madre es una joven rumana  
que cuida ancianos;  
apenas entiende nada  
y anhela comprarse una casa.  
Suenan el claxon de una furgoneta.  
Será el chico del butano  
con sus zalamerías  
o la señora de la fruta  
con la que pasabas tus buenos ratos.

Nada distinto a otros años  
bajo un ciego sol que abrasa  
esta tierra seca, vieja y gastada  
que con un hilillo de vida  
se levanta perezosa cada mañana.  
Los perros y los gallos  
siguen despertándose con el alba.  
Cuatro gatos orondos

vagan por calles desiertas  
sin miedo a recibir una pedrada.  
Poco humo sale por las chimeneas.  
Ni se sabe desde cuándo  
no hay bautizos ni comuniones  
ni parejas que se casan,  
tan solo entierros llenan la iglesia  
de gente olvidada.

El bar está en la escuela de los niños.  
Los maestros, por un exiguo sueldo,  
bajo un yugo y cinco flechas,  
enseñaban a leer y las cuatro reglas  
a una caterva de chicos.  
Solo queda un deslucido mapa,  
una esfera, el compás y la pizarra.  
El consultorio estuvo en la escuela de las niñas,  
aquellas que se fueron a servir y a parir a otras tierras.  
Siguen las ventanas cerradas  
y el polvo cubre una vieja mesa  
a la que le falta una pata.  
Una camilla desvencijada, una caja de gasas  
y en la percha una bata que fue blanca.  
Tampoco hay médicos que vengan a curar  
el olvido, la penuria y la desgana.

Hace tiempo que no rondan  
los mozos por las esquinas,  
ni suenan en la radio  
coplas de mujeres perdidas.  
Se ha secado el caño  
(con el agua que daba para cocer los garbanzos).  
Tampoco blanquea al sol de la tarde  
la ropa tendida.  
Aún crece la hierbabuena,  
la madre selva sube por la tapia  
y el perejil de la maceta aguanta en el balcón.  
La cerradura de la puerta está oxidada  
y la llave colgada tras la ventana.  
En el portal se amontonan las cartas  
y San Antonio Bendito resiste en la peana  
esperando tu oración para prevenir desgracias.

Tu ropa, en el armario  
entre tomillo y bolitas de alcanfor.  
Y los zapatos y el rosario  
y el velo negro de seda  
para los lutos, la misa del gallo  
y el día de Difuntos.  
En el cajón de la mesilla

siguen las alhajas:  
los pendientes de esmeralda,  
el broche, los anillos y el alfiler de plata.  
Y el crucifijo sobre la cama.  
En una carpeta, bien cuidada,  
la foto de la boda  
(mirando al frente con las manos cruzadas),  
la hijuela de las tierras, de la era y de la casa  
Y las risas, madre, también están guardadas.

Cómo echo de meno  
los chorizos de la matanza  
curados al humo de la cocina,  
y la carne asada sobre las brasas  
de una vieja encina.  
Las rosquillas de aceite  
y el agua de limón  
en las tardes de verano.  
El chocolate caliente  
con los abuelos,  
dos niños riendo y soplando.  
Y a padre,  
camino del molino  
con el perro al lado;  
cómo lo echo de menos  
cuando me llevaba de la mano.

Para no llorar, como otras veces,  
si quieres te canto Ojos verdes  
o la Lirio,  
lo que tú cantabas  
cuando barrías o encalabas.  
O una canción de corro o de comba  
o de jugar a las tabas.  
Si quieres te recito unos versos  
de la Malquerida o de Bernarda Alba.  
O un romance antiguo de lamentos de gitanas.  
Lo que quieras, madre,  
antes de que se pierdan  
voces y palabras,  
rostros, sueños y besos.  
Antes de que se vayan  
mis recuerdos prendidos desde la infancia



[Los premiados, autoridades y algunos miembros de los Jurados](#)

# VOLVERÉ A VIVIR (Accésit del Premio Diego de Losada de Poesía 2023)

Autora: FRANCISCA QUINTANA VEGA

Perennes guardianes,  
se alzaban impasible los cipreses.  
Altiava se elevaba su icónica silueta,  
sobre muros de cal y de distancia.  
En el verdor tupido de sus ramas,  
un creciente piar, mil aleteos  
de pájaros sin penas.

Echaba ya la noche las cortinas a una tarde sin sol  
que parecía aferrarse a las paredes.  
Un cementerio más, viejas preguntas,  
la consciencia del fin o del principio.

Inexorable, la hierática faz de las tinieblas  
fue borrando los nombres, epitafios y tiempos  
de los mármoles fríos.

Las sombras se cernían sobre el grupo enlutado,  
sobre la fe y la esencia de las cosas.

Resbalaba, monótono, el son de las plegarias,  
por el denso silencio.

Presentí que era inútil el ritmo apresurado de mi paso,  
el mirar el reloj, interrogar al mundo  
sobre la ambigüedad insuperable de mi propio existir.

Y quise abrir mi mente a la esperanza  
que mi alma, fiel, pregona,  
al grito de su voz que me señala  
el redondo horizonte, donde la luz no muere:

Cuando suelten sus manos  
las horas embargadas de mi tiempo,  
seguiré siendo parte de ese todo, que late y que respira:  
Seré tierra, seré  
savía nueva de un tronco centenario,  
seré vida en la fronda de sus hojas, esperanza en sus ramas,  
rudo lienzo de amor en la corteza.  
Seré tierra, seré  
un corazón etéreo, dibujado en una blanca nube caprichosa.  
Seré tierra, seré  
el rojo en la manzana, el dulzor en las uvas,  
maduraré en la espiga y seré pan,  
en la mano inocente de los niños.  
Seré tierra, seré  
el rocío vespertino que blanquea los campos que amanecen,  
el agua cristalina de mi río,  
y viajaré dichosa en los ojos redondos de los peces,  
soñando con el mar, con el beso de sal que me renueve.  
Seré tierra, seré  
caracola en tu mano enamorada, y te hablaré de nuevo,  
en el dulce murmullo de su voz milenaria.



Y en las tardes tranquilas,  
cuando pasees las calles respirando recuerdos,  
seré la suave brisa, que, sin tú darte cuenta,  
te acaricie las sienes.



Silvia Iglesias, miembro del Jurado de Poesía, leyó en nombre de Francisca Quintana el poema galardonado con el Accésit